

BRIAN HERBERT y KEVIN J. ANDERSON

Gusanos de arena de

# DUNE



**BRIAN HERBERT y KEVIN J. ANDERSON**

Gusanos de arena de  
**DUNE**

Basada en el borrador original de Frank Herbert

Traducción de  
**Encarna Quijada**

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Sandworms of Dune*  
Publicado originalmente por Tom Doherty Associates, LLC,  
Nueva York, Estados Unidos

Primera edición: julio, 2009

© 2007, Herbert Properties LLC  
Todos los derechos reservados  
© 2009, Random House Mondadori, S. A.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona  
© 2009, Encarna Quijada Vargas, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33727-7  
Depósito legal: B. 24.712-2009

Compuesto en Lozano Faisano, S. L. (L'Hospitalet)

Impreso en Liberdúplex, S. L. U.  
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Encuadrado en Imbedding

L 3 3 7 2 7 7



*Sería imposible exagerar si decimos hasta qué punto  
estamos en deuda con el genio que creó esta increíble saga.*

*De nuevo, este libro está dedicado a Frank Herbert,  
un hombre con ideas asombrosas e importantes,  
que ha sido nuestro mentor mientras escribíamos nuevas  
historias de este fantástico universo de Dune. Gusanos  
de arena de Dune es el gran desenlace cronológico que él  
imaginó, y nos complace poder presentarlo por fin  
a sus millones de fieles lectores.*

## AGRADECIMIENTOS

Al igual que con las novelas anteriores de Dune, hemos contado con la ayuda de muchas personas para que el manuscrito fuera lo mejor posible. Queremos dar las gracias a Pat LoBrutto, Tom Doherty y Paul Stevens de Tor Books; Carolyn Caughey de Hodder & Stoughton; Catherine Sidor, Louis Moesta y Diane Jones de WordFire Inc.; Penny Merritt, Kim Herbert y Byron Merritt de Herbert Properties LLC; y Mike Anderson del sitio web [dunenovels.com](http://dunenovels.com), así como al doctor Attila Torkos, que ha trabajado comprobando datos y detectando posibles incoherencias.

Además, contamos con muchos partidarios de la nueva saga de novelas de Dune, entre ellos John Silbersack, Robert Gottlieb y Claire Roberts, de Trident Media Group; Richard Rubinstein, Mike Messina, John Harrison y Emily Austin-Bruns, de New Amsterdam Entertainment; Ron Merritt, David Merritt, Julie Herbert, Robert Merritt, Margaux Herbert y Theresa Shackelford, de Herbert Properties LLC.

Y como siempre, estos libros no existirían sin la incansable ayuda y apoyo de nuestras esposas, Janet Herbert y Rebecca Moesta Anderson.

Poco después de que las Honoradas Matres llegaran al Imperio Antiguo, la Hermandad Bene Gesserit aprendió a odiarlas y temerlas. Las intrusas utilizaron sus terribles destructores para aniquilar planetas de las Bene Gesserit y los tleilaxu, Richese, con sus vastas industrias y talleres armamentísticos, incluso Rakis.

Pero, para sobrevivir al Enemigo que las perseguía, las Honoradas Matres necesitaban desesperadamente unos conocimientos que solo la Hermandad poseía. En un intento de hacerse con él, atacaron como víboras furiosas y golpearon con extrema violencia.

Tras la Batalla de Conexión, los dos grupos enfrentados fueron unidos a la fuerza en una Nueva Hermandad, pero las diferentes facciones siguieron luchando por el control. ¡Qué derroche tan grande de tiempo, talento y sangre! La verdadera amenaza venía de fuera, pero nosotras seguimos combatiendo al enemigo equivocado.

MADRE COMANDANTE MURBELLA,  
palabras dirigidas a la Nueva Hermandad

Dos personas van a la deriva en un bote salvavidas, en un mar desconocido. Una dice: «Allí. Veo una isla. Nuestra única esperanza es desembarcar, construir un refugio y esperar que vengan a rescatarnos». La otra dice: «Debemos seguir en el mar y tratar de llegar a alguna ruta de navegación. Es la mejor opción». Estas dos personas no consiguen ponerse de acuerdo, empiezan a pelear, el bote vuelca y se ahogan.

Tal es la naturaleza de la humanidad. Incluso si solo quedan dos personas en todo el universo, acabarán defendiendo posturas enfrentadas.

*Manual Bene Gesserit para acólitas*

Al recrear gholas concretos, estamos rehaciendo el tejido de la historia. Una vez más, Paul Muad'Dib camina entre nosotros, con su amada Chani, su madre, dama Jessica, y su hijo Leto II, el Dios Emperador de Dune. La presencia del doctor suk Wellington Yueh, cuya traición hizo postrarse a una gran Casa, resulta a la vez reconfortante y perturbadora. Con nosotros también están el guerrero-mentat Thufir Hawat, el naib fremen Stilgar, y el gran planetólogo Liet-Kynes. ¡Imaginad las posibilidades!

Tanto genio constituye un ejército formidable. Y lo necesitaremos, porque nos enfrentamos a un oponente mucho más temible de lo que jamás hayamos imaginado.

DUNCAN IDAHO,  
*Memorias de algo más que un mentat*

Durante quince mil años he esperado y planificado, he incrementado mi fuerza. He evolucionado. Ha llegado la hora.

OMNIUS



VEINTIÚN AÑOS DESPUÉS  
DE LA HUIDA DE CASA CAPITULAR





Hay tantas personas del pasado que no han vuelto a nacer... incluso si no las recuerdo, las añoro. Los tanques axlotl pronto remediarán esto.

DAMA JESSICA, el gholá

A bordo del *Ítaca*, la no-nave errante, Jessica presenció el nacimiento de su hija, pero solo como observadora. Solo tenía catorce años, y estaba junto con muchos otros en el centro médico, mientras las doctoras suk Bene Gesserit de la sala adyacente se preparaban para extraer a la diminuta niña de un tanque axlotl.

—Alia —murmuró una de las doctoras.

Aquella no era realmente hija de Jessica, sino un gholá desarrollado a partir de células que se habían conservado. Ninguno de los gholas de la no-nave era todavía «él mismo». No habían recuperado ninguno de sus recuerdos, de sus pasados.

En el fondo de su mente Jessica notaba que algo trataba de aflojar a la superficie y, aunque le daba vueltas y vueltas como a un diente flojo, no conseguía recordar la primera vez que Alia nació. En los archivos, había leído y releído los relatos históricos generados por los biógrafos de Paul Muad'Dib. Pero no podía «recordar».

Lo único que tenía eran imágenes de sus estudios: «Un sietch

seco y polvoriento en Arrakis, rodeada de fremen. Jessica y su hijo Paul huyeron, y la tribu del desierto los acogió. El duque Leto había muerto asesinado a manos de los Harkonnen. Jessica bebió el Agua de Vida estando embarazada y cambió para siempre el feto que llevaba en su interior». Desde el momento de su nacimiento, la Alia original fue diferente de los otros bebés, una niña impregnada de un antiguo saber y de locura, capaz de llamar a las puertas de las Otras Memorias sin haber pasado por la Agonía de Especia. ¡Una Abominación!

*Aquella era otra Alia. Otro tiempo, otras formas.*

En aquellos momentos, Jessica estaba junto a su «hijo» ghola Paul, que cronológicamente era un año mayor que ella. Paul esperaba junto a su amada compañera fremen, Chani, y el ghola de nueve años del que fuera su hijo, Leto II. En un grupo anterior de vidas, aquella había sido su familia.

La orden de las Bene Gesserit había resucitado a aquellas figuras de la historia para que ayudaran en la lucha contra el temible Enemigo exterior que les perseguía. Con ellos tenían a Thufir Hawat, al planetólogo Liet-Kynes, al líder fremen Stilgar, e incluso al destacable doctor Yueh. Y ahora, después de un intermedio de diez años en el programa de los gholas, Alia se unía a ellos. Pronto llegarían otros; los tres tanques axlotl que quedaban estaban ya embarazados de tres nuevos niños: Gurney Halleck, Serena Butler, Xavier Harkonnen.

Duncan Idaho le dedicó a Jessica una mirada burlona. El eterno Duncan, ya con todos los recuerdos de sus vidas anteriores... ¿Qué pensaría de aquel nuevo bebé-ghola, una burbuja del pasado que llegaba al presente? Tiempo atrás, el primer ghola de Duncan Idaho fue consorte de Alia...



Duncan, que disimulaba muy bien su edad, era un hombre hecho y derecho con pelo oscuro y ensortijado. Exactamente como el héroe

que aparecía en tantos registros de archivo, desde los tiempos de Muad'Dib, pasando por los tres mil quinientos años de reinado del Dios Emperador, hasta el momento presente, quince siglos después.

El viejo rabino entró en la sala de partos, tarde y sin aliento, acompañado por el ghola de doce años de Wellington Yueh. La frente del joven Yueh no lucía el diamante tatuado de la famosa Escuela Suk. Según parece, el rabino creía poder evitar que aquel joven larguirucho cometiera los mismos crímenes horribles de su vida anterior.

En aquellos momentos, el rabino parecía furioso, como sucedía invariablemente cada vez que se acercaba a los tanques axlotl. Las doctoras Bene Gesserit no le hicieron caso, así que el anciano volcó su disgusto sobre Sheeana.

—Después de años de sentido común, ¡has vuelto a hacerlo! ¿Cuándo dejarás de desafiar a Dios?

Después de tener un ominoso sueño presciente, Sheeana había declarado una moratoria temporal en el proyecto ghola, que había sido su pasión desde el principio. Pero la terrible experiencia en el planeta de los adiestradores y el hecho de haber estado a punto de caer en manos del Enemigo que les perseguía, había obligado a Sheeana a reconsiderar su posición. La riqueza de la experiencia histórica y táctica que los gholas podían ofrecer era tal vez el arma más poderosa de la no-nave. Sheeana había decidido arriesgarse.

*Quizá algún día Alia nos salvará, pensó Jessica. O alguno de los otros gholas...*

Tentando al destino, Sheeana había hecho un experimento con este ghola no nacido en un intento de lograr que se pareciera más a la Alia auténtica. Tras calcular el momento del embarazo en que dama Jessica había consumido el Agua de Vida, Sheeana dio instrucciones a las doctoras suk Bene Gesserit para que inyectaran una sobredosis casi fatal de especia en el tanque axlotl. Que saturaran el feto. La idea era intentar recrear una Abominación.

Cuando se enteró, Jessica se quedó horrorizada... pero ya era demasiado tarde, y no pudo hacer nada. ¿Cómo afectaría la especia

a aquel bebé inocente? Una sobredosis de melange era distinto a pasar por la Agonía.

Una de las doctoras suk dijo al rabino que saliera de la sala de partos. Con expresión ceñuda, el anciano levantó una mano, como si estuviera bendiciendo la carne pálida del tanque axlotl.

—Las brujas actuáis como si estos tanques ya no fueran mujeres, como si no fueran seres humanos... pero esta sigue siendo Rebecca. Sigue siendo una oveja de mi rebaño.

—Rebecca satisfizo una necesidad vital —dijo Sheeana—. Todas las voluntarias sabían exactamente lo que estaban haciendo. Ella aceptó su responsabilidad. ¿Por qué no hace usted otro tanto?

El rabino se volvió con exasperación al joven que estaba a su lado.

—Háblales, Yueh. Quizá a ti te escucharán.

A Jessica le pareció que aquel ghola macilento se sentía más intrigado que indignado por los tanques.

—Como doctor suk —dijo—, traje al mundo a muchos bebés. Pero nunca de este modo. Al menos eso creo. Mis recuerdos todavía me están vedados, y en ocasiones me siento confundido.

—Pero Rebecca es un ser humano, no es solo una máquina biológica para producir melange y camadas de gholas. Debes entenderlo. —La voz del rabino subió de tono.

Yueh se encogió de hombros.

—Puesto que yo he nacido de la misma forma, no puedo mostrarme del todo objetivo. Si recuperara mis recuerdos tal vez estaría de acuerdo con usted.

—¡No necesitas tus recuerdos originales para pensar! Porque, la capacidad de pensar la tienes, ¿no es cierto?

—El bebé está listo —dijo una de las doctoras interrumpiéndolo—. Debemos decantarlo ahora. —Se volvió con impaciencia al rabino—. Déjenos hacer nuestro trabajo... si no, el tanque también podría resultar dañado.

Con un sonido de disgusto, el rabino se abrió paso al exterior de la sala. Yueh se quedó atrás, mirando.

Una de las doctoras suk ató el cordón umbilical del tanque de carne. Su compañera, más baja, lo cortó; luego secó el cuerpo pequeño y resbaladizo y levantó a Alia en el aire. Al momento la niña empezó a llorar con fuerza, como si hubiera estado esperando con impaciencia su nacimiento. Jessica suspiró con alivio al oír aquel llanto sano, que indicaba que esta vez su hija no era una Abominación. En el momento de nacer, la Alia original había mirado al mundo con determinación, con la expresión y la inteligencia de un adulto. El llanto de este bebé parecía normal. Pero se interrumpió bruscamente.

Mientras una de las doctoras se ocupaba del tanque flácido, la otra secó a la niña y la envolvió en una mantita. Jessica no pudo evitar sentir una punzada en el corazón, necesitaba coger al bebé en brazos, pero se contuvo. ¿Se pondría Alia a hablar de pronto con las voces de las Otras Memorias? Pero no, la pequeña se limitaba a mirar a su alrededor, sin acabar de enfocar.

Otros se ocuparían de Alia, de un modo no muy distinto de las hermanas Bene Gesserit, que cogían a las niñas recién nacidas bajo su tutela. La primera Jessica, nacida bajo la estrecha vigilancia de las Amantes Procreadoras, nunca supo lo que era una madre en el sentido tradicional. Tampoco lo sabría esta Jessica, ni Alia, ni ninguno de los otros bebés ghola experimentales. La nueva hija sería criada comunitariamente en una sociedad improvisada, más como objeto de curiosidad científica que de amor.

—Somos una familia extraña —susurró.



Los humanos nunca son capaces de una exactitud completa. A pesar de todo el conocimiento y experiencias que hemos absorbido a través de incontables «embajadores» Danzarines Rostro, la imagen que tenemos es confusa. A pesar de ello, los defectuosos registros de la historia humana nos ofrecen una divertida perspectiva de los delirios del humano.

ERASMO, registros y análisis, copia 242

A pesar de décadas de esfuerzos, las máquinas pensantes aún no habían capturado la no-nave y su precioso cargamento. Sin embargo, esto no impidió que la supermente informática lanzara su vasta flota de exterminación contra el resto de la humanidad.

Duncan Idaho seguía eludiendo a Omnius y Erasmo, que arrojaban una y otra vez su reluciente red de taquiones a la nada, buscando a su presa. La capacidad de la no-nave de ocultarse normalmente evitaba que la vieran, pero de vez en cuando sus perseguidores captaban algún destello, como cuando ves algo oculto tras unos arbustos. Al principio, la búsqueda había sido un desafío, pero la supermente empezaba a impacientarse.

—Has vuelto a perder la nave —dijo la supermente con voz atronadora a través de los altavoces de la cámara central de la catedral de la metrópolis tecnológica de Sincronía.

—Eso es inexacto. Para perderla primero tengo que haberla encontrado. —Erasmo cambió su piel de metal líquido tratando de

sonar despreocupado, y cambió su disfraz de dulce ancianita por la figura más familiar del robot de platino.

Como troncos arqueados, las agujas de metal se elevaban por encima de Erasmo para formar una cúpula abovedada en el interior de la catedral mecánica. Los fotones brillaban sobre la piel activada de los pilares, bañando su nuevo laboratorio de luz. Hasta había hecho instalar una fuente luminosa de lava burbujeante... una decoración inútil, aunque con frecuencia el robot se entregaba a aquella sensibilidad artística que tanto había cultivado en el pasado.

—No seas impaciente. Recuerda las proyecciones matemáticas. Todo está bellamente predeterminado.

—Tus proyecciones matemáticas podrían ser un mito, como cualquier otra profecía. ¿Cómo sé que son correctas?

—Porque yo digo que son correctas.

Con el lanzamiento de la flota mecánica, el largamente anunciado Kralizec había empezado, por fin. Kralizec... Armagedón... la Batalla del Fin del Universo... Ragnarok... Azrafel... el Tiempo del Fin, la Oscuridad de Nube. Se encontraban en un momento de cambios trascendentales, el universo entero estaba girando sobre su eje cósmico. Las leyendas humanas ya predecían este cataclismo desde los albores de la civilización. Ciertamente, ya habían pasado por numerosas reiteraciones de cataclismos similares: la Yihad Butleriana, la yihad de Paul Muad'Dib, el reinado del tirano Leto II. Al manipular las proyecciones informáticas y crear con ello ciertas expectativas en la mente de Omnium, Erasmo había conseguido poner en marcha los acontecimientos que llevarían a otro cambio fundamental. Profecía y realidad... el orden de las cosas no importaba.

Como una flecha, todos los cálculos infinitamente complejos de Erasmo, trillones de datos que pasaban por las más sofisticadas rutinas, señalaban un único resultado: el kwisatz haderach último —quienquiera que fuese— determinaría la marcha de los acontecimientos al final del Kralizec. La proyección también revelaba que el kwisatz haderach viajaba a bordo de la no-nave, así que, naturalmente, Omnium quería aquella baza de su lado. Luego, las máquinas

pensantes debían capturar la no-nave. El primero que consiguiera controlar al kwisatz haderach ganaría.

Erasmus no acababa de entender qué haría aquel superhombre cuando lo localizaran y prendieran. A pesar del tiempo que llevaba estudiando al humano, seguía siendo una máquina pensante, en cambio el kwisatz haderach no lo era. Los nuevos Danzarines Rostro, que tanto tiempo llevaban infiltrados en la humanidad y facilitaban una información vital al Imperio Sincronizado, estaban en algún punto intermedio, como máquinas biológicas híbridas. Él y Omnius habían absorbido tantas de las vidas robadas por los Danzarines Rostro que a veces olvidaban quiénes eran. Los maestros tleilaxu originales no habían sabido prever la importancia de lo que habían ayudado a crear.

Sin embargo, el robot independiente sabía que debía seguir controlando a Omnius.

—Hay tiempo. Tienes una galaxia entera por conquistar antes de que necesitemos al kwisatz haderach que viaja en esa nave.

—Me alegro de no haber esperado a que lo tuvieras para empezar.

Durante siglos, Omnius había estado construyendo una flota invencible. Millones y millones de naves avanzaban en aquellos momentos, utilizando los tradicionales pero efectivos motores que viajaban a la velocidad de la luz, conquistando un sistema estelar tras otro. La supermente podía haber utilizado los sistemas matemáticos de navegación que los Danzarines Rostro habían «proporcionado» a la Cofradía Espacial, pero había un elemento en la tecnología Holtzman que, sencillamente, seguía resultando demasiado incomprendible. Para viajar a través del tejido espacial se requería algo indefiniblemente humano, un intangible «salto de fe». La supermente jamás admitiría que aquella abigarrada tecnología en realidad le ponía... nervioso.

Después de algunas escaramuzas de prueba, la muralla de naves robóticas había encontrado y destruido con rapidez una primera avanzadilla de mundos fronterizos establecidos por los humanos.



Las naves de vanguardia cartografiaban los mundos que había por delante y esparcían plagas biológicas mortíferas que Erasmo había desarrollado; para cuando la flota llegaba a cada objetivo, la acción militar normalmente era innecesaria, porque encontraban a una población moribunda. Cada combate, incluso los encuentros con grupos aislados de Honoradas Matres, era igualmente decisivo.

Para mantenerse ocupado, el robot independiente revisó la avalancha de datos que le enviaban. Aquella era la parte que más le gustaba. Un ojo espía zumbaba revoloteando ante él y Erasmo lo apartó.

—Si me permites que me concentre, Omnius, quizá encuentre la forma de acelerar nuestros avances contra los humanos.

—¿Cómo sé que no cometerás otro error?

—Porque confías en mis capacidades.

El ojo espía se alejó revoloteando.

Mientras la flota mecánica aplastaba un planeta humano tras otro, Erasmo iba dando instrucciones adicionales a los robots invasores. Los humanos infectados se retorcían en el suelo, entre vómitos, sangrando por los poros, y entretanto los exploradores mecánicos saqueaban tranquilamente las bases de datos, salas de registros, bibliotecas y otras fuentes. Era una información diferente de la que podía extraer de las vidas aleatorias que los Danzarines Rostro asimilaban.

Con la entrada de todos aquellos nuevos datos, Erasmo había podido permitirse el lujo de volver a convertirse en científico, como lo fuera en tiempos. La búsqueda de una verdad científica había sido siempre la verdadera razón de su existencia. Y ahora el flujo de información era mayor que nunca. Feliz por tener una cantidad tan grande de datos nuevos aún sin digerir, Erasmo concentró su mente elaborada en los hechos y las historias desnudos.

Tras la supuesta destrucción de las máquinas pensantes hacía más de quince milenios, los fecundos humanos se habían extendido, creando civilizaciones, destruyéndolas. Erasmo se sentía intrigado por la forma en que, después de la Batalla de Corrin, la familia But-

ler había fundado y gobernado un imperio bajo el nombre de Corrino durante diez mil años, con algunos lapsos e interreinados, para ser desbancados por un líder fanático llamado Muad'Dib.

Paul Atreides. El primer kwisatz haderach.

Sin embargo, con su hijo Leto II, conocido como Dios Emperador o Tirano, se había producido un cambio aún más importante. Otro kwisatz haderach... un híbrido único entre hombre y gusano de arena que impuso su mandato draconiano durante tres mil quinientos años. Después de su asesinato, la civilización humana se fragmentó. Tras huir a los confines de la galaxia en la Dispersión, las dificultades endurecieron al humano, hasta que las Honoradas Matres —la peor entre las especies de humanos— fueron a parar al próspero imperio de las máquinas...

Otro ojo espía revoloteaba escaneando los mismos archivos que Erasmo estaba leyendo. Omnius habló con voz resonante a través de las placas de las paredes.

—Considero que sus contradicciones, planteadas como hechos, son inquietantes.

—Inquietantes, tal vez, sí, pero también son fascinantes. —Erasmo se desconectó de los montones de archivos históricos—. Sus historias nos enseñan cómo se ven a sí mismos y al universo que les rodea. Evidentemente, estos humanos necesitan a alguien que vuelva a tomar con firmeza el control.



¿Por qué es importante la religión? Porque por sí sola la lógica no impulsa a la gente a hacer grandes sacrificios. Sin embargo, con el fervor religioso suficiente, la gente se arrojará contra lo imposible y considerará una bendición poder hacerlo.

MISSIONARIA PROTECTIVA, primera premisa

Dos operarios se presentaron ante la puerta de la ostentosa y fría Cámara de Consejo de Murbella durante una tensa reunión. Llevaban un robot inmóvil con ayuda de unas garras suspensoras.

—¿Madre comandante? Habéis pedido que trajéramos esto.

La máquina de combate estaba hecha de metal azul y negro, reforzada con abrazaderas y un blindaje superpuesto. Su cabeza cónica presentaba una serie de sensores y dispositivos para localizar objetivos, y los cuatro brazos impulsados por motores estaban rodeados de cables y armas incorporadas. El robot de combate había resultado dañado en una escaramuza reciente, y en su torso voluminoso había señales oscuras, allí donde las descargas de energía habían dejado fuera de combate sus procesadores internos. Aquella cosa estaba apagada, muerta, derrotada. Pero incluso desactivada, era una imagen de pesadilla.

Las consejeras de Murbella, sobresaltadas por aquella interrup-

ción en sus discusiones y argumentos, miraron la gran máquina. Todas las mujeres allí reunidas llevaban el sencillo unitardo negro de la Nueva Hermandad, siguiendo un código homogéneo en el vestir que no permitía ninguna alusión a sus orígenes como Bene Gesse-rit o como Honoradas Matres.

Murbella hizo una señal a aquellos operarios de aspecto apocado.

—Traed esa cosa aquí dentro, para que podamos verla cada vez que hablamos del Enemigo. Nos hará bien tener algo que nos recuerde a qué nos enfrentamos.

Incluso con la ayuda de las garras suspensoras, los operarios entraron la máquina con gran esfuerzo y sudor. Murbella se acercó al voluminoso robot de combate y miró con gesto desafiante a sus sensores ópticos apagados. Lanzó una mirada orgullosa a su hija.

—La bashar Idaho traje este espécimen de la Batalla de Duvall.

—Tendríamos que mandarlo con el resto de las basuras. O lanzarlo al espacio —dijo Kiria, una antigua y severa Honorada Madre—. ¿Y si conserva una programación espía pasiva?

—Ha sido sometido a una purga exhaustiva —dijo Janess Idaho. Como comandante recién nombrada de las fuerzas militares de la Hermandad, se había convertido en una joven muy pragmática.

—¿Un trofeo, madre comandante? —preguntó Laera, una Reverenda Madre de piel oscura que con frecuencia apoyaba discretamente a Murbella—. ¿O un prisionero de guerra?

—Es el único que nuestros ejércitos encontraron intacto. Volamos cuatro naves mecánicas antes de retirarnos y dejar que destruyeran el planeta. Ya habían liberado sus epidemias en Ronto y Pital, y no había supervivientes. Las pérdidas entre la población se cuentan por billones.

Las de Duvall, Ronto, Pital eran tan solo las bajas más recientes causadas por el avance del ejército de las máquinas por los sistemas periféricos. Debido a las distancias y el poderío de las naves atacantes, los informes eran fragmentarios y a menudo desfasados. Los refugiados y los correos huían de las zonas de conflicto, dirigiéndose hacia el interior desde los límites de la Dispersión.

Murbella dio la espalda al robot desactivado para mirar a las hermanas.

—Sabemos que la tormenta se acerca. Tenemos la opción de limitarnos a evacuar... de abandonar todo lo que tenemos. Esa es la manera de las Honoradas Matres.

Algunas hermanas pestañearon por el comentario. Tiempo atrás, las Honoradas Matres habían escogido huir del Enemigo, saqueándolo todo a su paso, con la esperanza de mantenerse siempre un paso por delante de la tormenta. Para ellas, el Imperio Antiguo no fue más que una simple barricada que arrojar contra el Enemigo y que pudiera darles tiempo para escapar.

—O podemos proteger las ventanas, reforzar las paredes y expulsarlo. Y rezar para que sobrevivamos.

—Esto no es una simple tormenta, madre comandante —dijo Laera—. Las repercusiones ya se están haciendo sentir. Los refugiados que huyen del frente están colapsando los sistemas de soporte de los mundos de la segunda oleada, que también se están preparando para la evacuación. La gente no se quedará a luchar.

—Como ratas que se arraciman en una esquina cuando el barco se hunde —musitó Kiria.

—Y eso lo dice una Honorada Madre, que hizo exactamente lo mismo —dijo Janess desde el extremo de la mesa, y trató de disimular el comentario sorbiendo ruidosamente su café de especia. Kiria la miró furiosa.

—Una sombra que enturbia nuestro pasado de Honoradas Matres —dijo Murbella—. Por culpa de su soberbia y la tendencia a golpear primero y pensar después, las ramera han provocado todo esto. —Buscando en las profundidades de su mente y en la historia, ella había sido la primera en recordar cómo las hermanas fallecidas tiempo atrás habían provocado estúpidamente a las máquinas pensantes.

Kiria estaba indignada, pues obviamente seguía considerándose una Honorada Madre. A Murbella le resultaba turbador.

—Usted misma reveló por qué las Honoradas Matres son lo que

son, madre comandante. Descendientes de tleilaxu torturadas, Reverendas Madres salvajes y unas pocas Habladoras Pez. Tenían todo el derecho a buscar venganza.

—¡No tenían derecho a ser estúpidas! —espetó Murbella—. Su pasado doloroso no les daba derecho a arremeter contra todo lo que encontraban. No podían salvar su conciencia fingiendo que sabían lo que estaban haciendo cuando atacaron una avanzadilla de las máquinas y robaron un armamento que no entendían. —Sonrió levemente—. Si acaso, puedo entender, aunque no la apruebo, su venganza contra los mundos de los tleilaxu. Por las Otras Memorias sé lo que los tleilaxu hicieron a mis antepasadas... *recuerdo* haber sido uno de sus odiosos tanques axlotl. Pero no os equivoquéis, este tipo de violencia provocativa y mal planificada ha causado un daño inconmensurable a la raza humana. ¡Y mirad a lo que nos enfrentamos ahora!

—¿Cómo podemos prepararnos para la tormenta, madre comandante? —La pregunta venía de la anciana Accadia, una reverenda madre que vivía en los Archivos de Casa Capitular. Accadia casi nunca dormía y rara vez dejaba que la luz del sol tocara su piel ajada—. ¿Qué defensas tenemos? —Desde el rincón donde lo habían dejado los operarios, el voluminoso robot de combate parecía burlarse de ellas.

—Tenemos el arma de la religión. Sobre todo a Sheeana.

—¡Sheeana no nos es de ninguna utilidad! —dijo Janess—. Sus seguidores creen que murió en Rakis hace décadas.

En otro tiempo, los sacerdotes de Rakis habían sabido sacar partido a aquella joven capaz de controlar a los gusanos de arena. Las Bene Gesserit habían creado una religión local en torno a Sheeana, y la aniquilación de Dune si acaso sirvió a los propósitos más elevados de la Hermandad. Tras su supuesta muerte, la joven rescatada fue aislada en Casa Capitular, para que algún día pudiera «regresar de entre los muertos» entre bombo y platillo. Pero la Sheeana real había huido con Duncan Idaho en la no-nave hacía más de veinte años.

—No es necesario que la tengamos a ella físicamente. Solo tenemos que buscar hermanas que se parezcan y aplicar el maquillaje y las modificaciones faciales necesarias. —Murbella tamborileó con los dedos sobre sus labios—. Sí, empezaremos con doce nuevas Sheenas. Las repartiremos ente los mundos de los refugiados, porque sin duda los desplazados serán los reclutas más impresionables. Quedará como si la Sheeana resucitada hubiera reaparecido en todas partes a la vez, como un mesías, una visionaria, una líder.

Laera habló con voz razonable.

—Las pruebas genéticas demostrarán que esas impostoras no son Sheeana. Su plan se volverá en nuestra contra cuando la gente comprenda que hemos tratado de engañarles.

Kiria ya había pensado en la solución más obvia.

—Podemos hacer que sean doctoras Bene Gesserit, doctoras suk, quienes hagan esas pruebas... y que mientan por nosotras.

—Y tampoco debemos subestimar nuestra mejor baza. —Murbella extendió la palma como un mendicante pidiendo limosna—. La gente *quiere* creer. Durante miles de años, nuestra Missionaria Protectora ha inculcado creencias religiosas entre las gentes. Ahora debemos utilizar esas técnicas no solo para protegernos, sino como arma, como un medio para influir en los ejércitos. Ya no será una fuerza pasiva y protectora, sino activa. Una Missionaria *Agresiva*.

A las otras mujeres pareció gustarles la idea, sobre todo a Kiria. Accadia miró con expresión ceñuda sus láminas de cristal riduliano, como si tratara de encontrar profundas respuestas en aquellos caracteres incomprensibles.

Murbella lanzó una mirada desafiante al robot de combate.

—Las doce Sheenas llevarán especia de nuestros stocks. Y cada una la repartirá con generosidad mientras pronuncia sus discursos. Dirán que Shaitán les ha dicho en un sueño que la especia pronto volverá a fluir. Aunque Dune ha quedado tan muerto y quemado como Sodoma y Gomorra, muchos nuevos Dunes aparecerán por todas partes. Sheeana lo prometerá. —Años antes, algunas reverendas madres habían sido enviadas en una dispersión secreta, llevan-

do consigo las importantísimas truchas de arena para sembrar nuevos planetas y crear otros mundos desérticos para los gusanos.

—Falsos profetas y avistamientos del mesías. Se ha hecho antes. —Kiria parecía aburrída—. Diga, en qué puede beneficiarnos.

Murbella le dedicó una sonrisa calculada.

—Sacaremos partido de la superstición. La gente cree que debe sufrir tribulaciones, un ciclo tan antiguo como las más antiguas religiones, mucho antes del Primer Gran Movimiento o el hajj zen-suní. Y amoldaremos esa creencia a nuestros propósitos. Las máquinas pensantes son el mal que debemos destruir antes de que la humanidad pueda conseguir su recompensa.

Se volvió hacia la anciana ama de los archivos.

—Accadia —dijo—, lee todo lo que puedas encontrar sobre la Yihad Butleriana y cómo Serena Butler guió a sus fuerzas. Y lo mismo con Paul Muad'Dib. Hasta podemos decir que el Tirano empezó a prepararnos para esto. Estudia sus escritos y saca las secciones que haga falta de contexto para apoyar nuestro mensaje, así la gente se convencerá de que este conflicto universal estaba anunciado: el Kralizec. Si creen en las profecías, seguirán luchando mucho después de que cualquier esperanza racional desaparezca.

Hizo un gesto para indicar a las mujeres que siguieran con sus tareas.

—Entretanto, yo he preparado un encuentro con los ixianos y la Cofradía. Dado que Richese ha sido destruido, exigiré que pongan todas sus instalaciones industriales al servicio del esfuerzo de guerra. Necesitamos cada pedazo de resistencia que podamos arañar.

Cuando ya se iba, Accadia preguntó:

—¿Y si las viejas profecías resultan ser ciertas? ¿Y si realmente estamos en los Tiempos del Fin?

—Entonces nuestros esfuerzos están más justificados. Y seguiremos luchando. Es lo único que podemos hacer. —Mirando al robot, Murbella habló como si la mente de la máquina aún pudiera oírla—. Y así es como te derrotaremos.





Soy guardián de conocimientos privados e incontables secretos. ¡Tú jamás sabrás lo que yo sé! Si no fueras un infiel te compadecería.

*Espejismo en el camino de la Shariat,  
escrituras apócrifas tleilaxu*

Ninguno de los pasajeros del inmenso crucero de la Cofradía podía sospechar lo que el navegante y su maestro tleilaxu cautivo estaban haciendo delante de sus narices.

Al retener los suministros de melange como rescate, las brujas Bene Gesserit habían acorralado a la Cofradía Espacial y les habían obligado a buscar alternativas drásticas. Conscientes de que se enfrentaban a la extinción por falta de especia, la facción de los navegantes apremiaba a Waff para que completara su tarea más deprisa. El maestro tleilaxu también sentía la necesidad de apresurarse, también él se enfrentaba a la extinción, aunque por motivos diferentes.

Dando la espalda a la lente de observación, Waff consumió súbitamente otra dosis de melange. Aquel polvo de canela le había sido suministrado estrictamente para propósitos científicos. Rozó con aquella sustancia ardiente los labios, la lengua, cerró los ojos en éxtasis. En los tiempos que corrían, una cantidad tan pequeña, apenas una pizca, bastaba para comprar una casa en un mundo-

colonia. El tleilaxu sintió que la energía volvía a inundar su cuerpo achacoso. Edrik no le negaría aquella pequeña cantidad de melange para ayudarlo a pensar bien.

Normalmente, los maestros tleilaxu pasaban de un cuerpo a otro en una cadena de inmortalidad ghola. Habían aprendido la virtud de la paciencia y la planificación a largo plazo de la Gran Creencia. ¿Acaso no había vivido el Mensajero de Dios tres milenios y medio? Pero para acelerar el desarrollo de Waff en el tanque axlotl se habían utilizado técnicas prohibidas. Las células de su cuerpo se consumían como las llamas consumen el bosque, y le hicieron pasar de la niñez a la adolescencia y la madurez en unos pocos años. La restauración de sus recuerdos había sido imperfecta, y solo había podido recuperar fragmentos de su vida y sus conocimientos pasados.

Cuando escapó de las Honoradas Matres, Waff no había tenido más remedio que buscar refugio entre la facción de los navegantes. Edrik y los suyos habían financiado su resurrección ghola, así que ¿por qué no pedirles asilo? Aunque el pequeño hombre no recordaba cómo crear melange con los tanques axlotl, decía poder hacer lo imposible... resucitar a los supuestamente extinguidos gusanos de arena. Una solución mucho más espectacular y necesaria.

En el laboratorio aislado del crucero, Edrik le había proporcionado todas las herramientas, material técnico y material genético que pudiera necesitar. Y Waff hizo lo que los navegantes pedían. Recuperar los extraordinarios gusanos que habían sido exterminados en Rakis ofrecía simultáneamente la posibilidad de producir especia y recuperar a su Profeta.

*¡Debo hacerlo! El fracaso no es una opción.*

Con su madurez acelerada, Waff ya no estaría mucho más en su plenitud —la mejor salud, la mente más aguda—. Antes de que se iniciara el inevitable y rápido declive, tenía mucho que hacer. Aquella tremenda responsabilidad le carcomía.

*¡Concéntrate, concéntrate!*

Se encaramó a un taburete y miró al interior de un tanque lleno

de arena de la mismísima Rakis. *Dune*. Dada la importancia religiosa del planeta, los peregrinos que no podían costearse aquel viaje interplanetario se conformaban con reliquias, fragmentos de piedra de las ruinas del palacio original de Muad'Dib, retazos de la tela de especia bordada con los dichos de Leto II. Incluso los más pobres entre los devotos querían una muestra de arena rakiana, para poder tocarla con sus dedos y sentirse más próximos al Dios Dividido. Los navegantes habían adquirido cientos de metros cúbicos de auténtica arena rakiana. Aunque era dudoso que el origen de los granos tuviera ningún efecto en las pruebas con los gusanos, Waff prefería eliminar todas las variables aleatorias.

Se inclinó sobre el tanque abierto, se llenó la boca de saliva y dejó que una larga gota cayera sobre la arena. Como pirañas en un acuario, unas figuras empezaron a moverse bajo la superficie, desplazándose con rapidez para capturar el líquido invasor. En otro lugar, en otro tiempo, escupir —compartir el agua personal— era una señal de respeto entre los fremen. Waff la utilizó para atraer a las truchas a la superficie.

Pequeños hacedores. Especímenes de truchas de arena. Mucho más preciosos incluso que las arenas de Dune.

Años atrás, la Cofradía había interceptado una nave Bene Geserit que transportaba truchas de arena en su cubierta de carga. Cuando las brujas se negaron a explicar cuál era su misión, fueron asesinadas, la carga fue requisada y Casa Capitular ni siquiera se enteró.

Cuando supo que la Cofradía poseía algunos de los vectores de los gusanos inmaduros, Waff exigió que se los dieran para su trabajo. Aunque no recordaba cómo crear melange en un tanque axlotl, aquel experimento tenía mucho más potencial. Si resucitaba a los gusanos de arena, no solo recuperaría la especia, ¡sino también al Profeta!

Sin miedo, metió su pequeña mano en el acuario. Agarró a una de aquellas criaturas correosas por los bordes y la sacó de la arena. Al percibir la humedad del sudor de Waff, la trucha de arena se pegó

a sus dedos, rodeó su mano, sus nudillos. Y él tocaba y pinchaba la superficie blanda, rehaciendo los bordes.

—Pequeña trucha de arena, ¿qué secretos tienes para mí?  
—Formó un puño y la criatura lo rodeó formando una especie de guante de gelatina. Waff notaba que su piel se secaba.

Con la trucha de arena en la mano, fue hasta la prístina mesa de investigación y colocó encima un recipiente ancho y hondo. Trató de soltar la trucha de sus nudillos, pero cada vez que movía la membrana, esta se pegaba más allá. Sintiendo que su piel se desecaba, Waff vertió una jarra de agua limpia en el recipiente. La trucha de arena, atraída por aquella mayor cantidad, se dejó caer enseguida.

El agua era mortal para los gusanos de arena, pero no para las jóvenes truchas, el estado de larva de los gusanos. El vector más joven presentaba una bioquímica fundamentalmente distinta antes de experimentar la metamorfosis y pasar a su forma adulta. Una paradoja. ¿Cómo podía una etapa del ciclo de la vida sentirse tan vorazmente atraído por el agua, y en la fase posterior morir si la tocaba?

Waff flexionó los dedos para recuperarse de aquella sequedad antinatural, fascinado por la forma en que el espécimen engullía el agua. Instintivamente la larva absorbía la humedad para crear un entorno perfectamente seco para el adulto. Por los recuerdos de vidas anteriores que conservaba en su interior, conocía los antiguos experimentos tleilaxu para mover y controlar a los gusanos. Los intentos estándar de trasplantar gusanos adultos a planetas secos siempre fallaban. Incluso los paisajes extraplanetarios más extremos seguían conservando demasiada humedad para sustentar una forma de vida tan frágil —¿frágil?— como los gusanos de arena.

Pero su idea era otra. En lugar de transformar los mundos para que acomodaran a los gusanos de arena, quizá podría alterar a los gusanos en su fase inmadura, ayudarles a que se adaptaran. Los tleilaxu entendían el Lenguaje de Dios, y con su genio para la genética habían conseguido lo imposible en muchas ocasiones. ¿Acaso no era Leto II el Profeta de Dios? Su deber era conseguir que volviera.

La idea y la mecánica cromosómica parecían sencillas. En algún momento del desarrollo de las truchas, un factor desencadenante modificaba la respuesta química de la criatura hacia una sustancia tan simple como el agua. Si encontraba ese factor y lo bloqueaba, la trucha de arena seguiría madurando, pero sin su aversión mortal por el agua líquida. ¡Eso sí sería un milagro!

Pero, si impides que una oruga forme un capullo, ¿se transformará de todos modos en una mariposa? Tendría que ir con mucho cuidado, desde luego.

Si no había entendido mal, las brujas de Casa Capitular habían descubierto la forma de liberar truchas de arena en un entorno planetario... el mundo de las Bene Gesserit. Una vez allí, las truchas se reprodujeron e iniciaron un proceso imparable de destrucción (¿reconstrucción?) del ecosistema. De un planeta exuberante a una tierra yerma y árida. Con el tiempo convertirían el planeta en un desierto, donde los gusanos podrían sobrevivir y renacer.

Las preguntas seguían fluyendo, una tras otra. ¿Por qué llevaban las hermanas Bene Gesserit fugitivas truchas de arena en sus naves de refugiadas? ¿Estaban tratando de repartirlas por otros mundos, de crear nuevos planetas desérticos? ¿Hogar para más gusanos? Un plan semejante requería un esfuerzo enorme, tardaría décadas en dar fruto y acabaría con la vida en el planeta nativo. Ineficaz.

Waff tenía una solución mucho más inmediata. Si lograba desarrollar una raza de gusanos de arena que toleraran el agua e incluso medraran en ella, podrían implantarlos en innumerables planetas, ¡donde podrían crecer y multiplicarse rápidamente! No sería necesario reconstruir un medio planetario entero antes de empezar a producir melange. Por sí solo eso les ahorraría unas décadas que, sencillamente, Waff no tenía. Sus gusanos modificados proporcionarían toda la especia que los navegantes de la Cofradía desearan... y de paso servirían a los propósitos de Waff.

¡Ayúdame, Profeta!

El espécimen había absorbido toda el agua del recipiente y en aquellos momentos se desplazaba lentamente por la base y los la-

dos, explorando los límites. Waff llevó útiles y productos químicos a la mesa de laboratorio... alcoholes, ácidos, llamas, y extractores de muestras.

El primer corte fue el más duro. Y entonces se puso a trabajar en aquella criatura informe que se resistía para arrancarle sus secretos genéticos.

Tenía los mejores analistas de ADN y secuenciadores genéticos que la Cofradía podía conseguir... y ciertamente eran muy buenos. La trucha de arena tardó en morir, pero Waff estaba seguro de que al Profeta no le importaría.